

# LOS FILÓSOFOS DE LA SOSPECHA: SCHOPENHAUER, NIETZSCHE, FREUD

*Apuntes tomados en la asignatura "Filosofía de la Mente"  
impartida por Pedro Chacón*

## 1.1. De Schopenhauer a Nietzsche: Los autoengaños del yo y la primacía del deseo:

Ante esta visión tan optimista de la mirada interna, y a través de las insuficiencias que se van poniendo de relieve, se levantan los "pensadores de la sospecha, expresión ésta empleada por Paul Ricoeur para referirse a los pensadores Karl Marx, Friedrich Nietzsche y Sigmund Freud. El punto de conexión entre los tres es precisamente que todos se oponen radicalmente a la noción moderna de "conciencia humana" tal y como venimos describiendo. Podría decirse que son hombres "subterráneos", que dedican su obra al socavamiento de los cimientos del acceso privilegiado que tiene la conciencia sobre si misma y el optimismo que en esa mirada interior deposita. Ahora bien, antes de pasar a ellos se expondrá ciertas ideas generales del pensamiento de Arthur Schopenhauer (1788-1860), que nos servirá para ir viendo como progresivamente se acabará con el optimismo mencionado.

En Schopenhauer lo primero que podemos analizar es un claro antihegelianismo, una influencia de Kant y del pensamiento oriental, y un pesimismo que atraviesa toda su obra. Su concepción filosófica del mundo se articula en una confrontación: la del mundo 'fenoménico' de la representación contra la realidad 'nouménica' de la Voluntad, siéndonos los términos kantianos aclarativos en esta confrontación. La materia y el sujeto son partes constitutivas de un mismo todo representativo, implicando esto una crítica del idealismo, donde tanto sujeto como materia son meras abstracciones, y la Voluntad se contrapone al mundo como representación. La Voluntad es el objeto metafísico inalcanzable, la cosa en sí, la X kantiana siendo el mismo Schopenhauer quien utilizó esta analogía con Kant para explicarla.

Hay dos aspectos clave en la teoría de Schopenhauer. El primero es una teoría de la percepción, en la que se otorgará una gran importancia a los procesos inconscientes, muy diferente esto a lo que se venía llevando a cabo. El segundo es su teoría de la voluntad, que logra pasar el pensamiento, como cogito cartesiano, a un segundo plano, reclamando el deseo la importancia fundamental. Por lo tanto, tenemos aquí la irrupción en el panorama intelectual de dos cuestiones que serán desarrolladas posteriormente por los pensadores de la sospecha, a saber: la cuestión de lo inconsciente como determinante en los procesos mental (en este caso la percepción) y el deseo como núcleo fundamental para comprender al ser humano. A su vez, Schopenhauer también distingue entre el mundo mental, en cuanto fenómeno, y el mundo del pensamiento y de las actividades cognitivas.

En este modelo antirracionalista está implícita ya la subversión del modelo de la Ilustración del sujeto como razón e implícito también el planteamiento de Spinoza de definir el deseo como la esencia del ser humano. El ser humano es sometido a tensiones internas. La Voluntad como ser cabe ser llamada pulsión (Freud), voluntad de poder (Nietzsche), Conatus (Spinoza), y constituye la esencia de todo lo real. La Voluntad es lo primario, esencia en sí que se manifiesta en la representación, lo originario. No cabe entenderla por medio de connotaciones psicologistas sino como la modalidad de fuerza, en sí incognoscible por estar oculta en las representaciones; una Voluntad ajena a las categorías espaciotemporales del mundo de la representación. Y esta Voluntad condiciona el conocimiento, en forma de "asalto a la razón". En definitiva, Schopenhauer se mueve en un fondo metafísico no racional que impregna toda su teoría de la Voluntad y la representación.

Una vez pasado este autor dirijámonos a los filósofos de la sospecha, empezando por Marx.

Karl Marx (1818-1883) no puede considerarse un filósofo de la mente. Sin embargo, a lo largo de su obra pone de relieve la existencia de un cierto condicionamiento por parte de las relaciones sociales y formas de vida sobre la conciencia, desechando así la posibilidad de pensar la conciencia de un modo autónomo y paralelo al mundo material. Muy al contrario, se encuentra

limitada y condicionada por las condiciones materiales en las que se ve envuelta y en las cuales se construye, siendo aquéllas, en última instancia, las relaciones de producción, las cuales determinan el ámbito de las creencias y valoraciones, que serían una superestructura levantada sobre dicha base.

Así pues, rompe radicalmente con cualquier tipo de subjetivismo individualista, en la que se mantenga la total privacidad de la conciencia individual, en favor de la configuración de conciencias colectivas, como es la conciencia de clase. Esto entra de lleno en la cuestión de lo que se llamará la ideología, la cual tendrá un carácter deformador de la realidad. La conciencia así, bajo estos esquemas ideológicos, observa la realidad a través de ello, y esta deformación no es arbitraria, sino que obedece a determinados intereses que no tienen que ser precisamente los de la posición social que dicho sujeto ocupa. Ante esta ideología, se erige la ciencia que sería capaz de poner de relieve las deformaciones trayendo a colación la realidad, pero siempre poniendo bajo sospecha a la conciencia, debido a la posibilidad de que esté observando bajo esquemas deformadores.

Por lo tanto, de esto se concluye que, en lo relativo al problema de la conciencia-inconciencia, Marx se posiciona a favor de la afirmación de la posibilidad de que factores inconscientes influyan en la conducta. Como bien dice en "El Capital": "No lo saben, pero lo hacen". Las conductas, así, obedecen a intereses que no están en una dimensión consciente, sino que se mantienen ocultos a las mismas deformando su percepción de la realidad para verse cumplidos en ella.

Otro pensador que parecería que no tiene cabida aquí es Friedrich Nietzsche (1844-1900), pero en su obra, muestra que bajo el idealismo, se ocultan procesos psicológicos latentes bajo los cuales cobra sentido dicho posicionamiento. Se trata, pues, de hacer una genealogía de los procesos psíquicos sobre los cuales se levantan las posturas filosóficas.

A lo largo de su obra hace una reivindicación total del cuerpo, aunque su punto clave es su crítica a la noción idealista de verdad. La verdad ya no son unas condiciones formales acaecidas del cielo, sino que empiezan a verse de una manera estética y artística, subordinándola a los procesos creativos del ser

humano. De hecho, es esta actividad la que sostiene toda la actividad cognitiva, siendo así que no son cosas dadas, sino creadas. De este modo, este proceso creativo sostiene la actividad cognitiva, renunciando a la prioridad de la consciencia cognitiva sobre el resto de las dimensiones humanas. En *Sobre la verdad y la mentira en sentido extramoral* (1873), Nietzsche desenmascara los autoengaños que el hombre teórico ha mantenido narcisistamente, remitiendo las verdades a una teoría biológica, ligada a la vida, siendo la conciencia un lugar de enredo sometido a intereses vitales, no de libertad. El conocimiento, consecuentemente, queda entendido como un fenómeno biológico, como cualquier otra cosa que forme parte del mundo biológico, rompiendo con las tentaciones antropocentristas. El intelecto no es otra cosa que un mero recurso de los infelices, pues olvidan que no es otra cosa que una herramienta para la vida humana, de lo que se deriva que de distintos tipos de vida se desprenden distintos intelectos. Así pues, es la vida la que determina la conciencia y no al revés.

Ahora bien, esta crítica nietzscheana no se limita a un psicologismo ético, es decir, a la afirmación de una génesis psicológica de los sentimientos morales, sino que se extrapola a ámbitos ontológicos y antropológicos. De este modo, abre una genealogía que no puede verse reducida a la psicología.

La conciencia, por su parte, se entiende como un texto que tiene que ser descifrado, que no es autosuficiente y requiere de otros elementos para esclarecerse. Los diferentes modos de conciencia, así, tienen que entenderse en el nivel de los instintos vitales, verdaderos cimientos de los mismos y sin los cuales no tendrían un sentido vital, siendo así imposible rendir cuentas para la conciencia desde dentro de sí misma. Así pues, rompe con toda la tradición arraigada en el pensamiento cartesiano y su prioridad otorgada al cogito sobre el cuerpo, dándole la vuelta a esta relación. Podemos afirmar con Nietzsche, que todo el desarrollo del espíritu se debe directamente a la evolución del cuerpo, convirtiéndose el cuerpo en la vía que debe investigarse si se quiere comprender aquél.

## 1.2. La reivindicación del inconsciente por el psicoanálisis:

El fundador del psicoanálisis, Sigmund Freud (1856-1939), es uno de los grandes impulsores, consciente y orgulloso de ello, de que el logos no es lo que sostiene al ser humano, ni lo que rinde cuentas enteramente de su actividad, sino que, al contrario, es el deseo. Como bien testimonio aquél, esta afirmación sería el tercer gran asalto al narcisismo de la humanidad, siendo el primero el ataque de Nicolás Copérnico al geocentrismo y el segundo la puesta en relieve de Charles Darwin del evolucionismo del que emerge el ser humano. Ahora, como mantiene el psicoanálisis, sería un cierto inconsciente de carácter pulsional, el que rendirá cuentas de la conducta humana, y no su pretendida y tan sobrevalorada racionalidad.

Freud estudia en la Universidad de Viena con profesores de la talla de Franz Brentano, el mismo fundador de la fenomenología, y con Brücke, eminente fisiólogo que lleva a Freud a adherirse al cientificismo, el cual no dejará de reivindicar para con su creación, el psicoanálisis, cuyo carácter científico reivindicará numerosas veces a lo largo de su obra. Así pues, nos encontramos con un hombre educado y vinculado a una tradición materialista y científicista. Posteriormente estudiará en París, con el neurólogo francés Jean-Martin Charcot (1825-1893), con quien constata la existencia de ciertas dolencias y trastornos que no tienen su origen en algún defecto orgánico, sino que tienen su origen en traumas de naturaleza psíquica, de los que el sujeto no ha mantenido en ningún momento conciencia. Esto se conoce con los abundantes casos de histéricas, las cuales, mediante un proceso hipnótico desvelan este descubrimiento. Aquí, por lo tanto, se abre, para Freud, la necesidad legítima de investigar estas enfermedades "de ideas", en términos explicativos rigurosamente psicológicos. De hecho, en un primer momento procede a tratar de rendir cuenta de las mismas en términos biologicistas, en su Proyecto de una psicología para neurólogos (1895), en la que aún se entiende la psicología como una ciencia natural, en la que se reducen los síntomas a cuestiones meramente físico-orgánicas. Sin embargo, al hilo de esta investigación, Freud se cerciora de que con este aparato y herramientas conceptuales resulta imposible el progreso en este terreno, renunciando con

esta experiencia al intento de buscar una explicación de naturaleza neurológica a los trastornos psíquicos, y buscando nuevos horizontes desde los que rendir cuentas de los mismos.

Así pues, comienza en la medicina privada, en la cual recibe sobretodo pacientes histéricas, al que inevitablemente se verá esencialmente vinculado el psicoanálisis en sus inicios. Tratará de llevar a cabo por hipnosis para hallar mediante él, como ya había visto hacer, el origen del trauma que desemboca en su desarrollo en determinados síntomas histéricos, siguiendo la opinión de Josef Breuer (1842-1925), el cual estaba llevando a cabo su denominado método catártico. Según este método, el paciente, al conocer el origen de su trauma, se soluciona directamente los síntomas, desapareciendo los mismos. Al concienciarse de que esto no producía éxitos, Freud deja de lado el método hipnótico, pasando a instaurar lo que será la regla fundamental del psicoanálisis, como lo es la asociación libre, la cual se dirige a las asociaciones encadenadas que realizar el paciente en su discurso, las cuales, sin represión alguna, se convertirán en el nuevo material del analista. A esto se añadirá el material que puede suponer la información procedente de los sueños del paciente, en las cuales se procederá a realizar la distinción entre el contenido manifiesto de algo y el latente, construyéndose con ello la noción psicoanalítica de inconsciente.

De éste lo primero que tenemos que tener en cuenta es que es, tal y como se desprende de lo dicho, una realidad de carácter clínico, es decir, que nace en la técnica clínica, de un modo que puede experimentarse por todo aquél que se sitúe en dicha experiencia. Así pues, no se debe a ningún tipo de argumentación estrictamente filosófica, sino que emerge en ese tipo de relación que se produce en la experiencia clínica. Por medio de la noción de inconsciente se imbricarán los diferentes síntomas, los cuales al inicio parecen no tener ningún tipo de lógica común, con los conflictos psíquicos, de una manera análoga a como sucede en las historietas de Sherlock Holmes, en las que las prueban se presentan esparcidas e incoherentes, y mediante sus hipótesis se consiguen reunir en una unidad de sentido.

A lo largo de su obra hay una importante ruptura, que repercutirá a cuestiones epistemológicas. Se trata de la ruptura con su primera teoría,

llamada también teoría de la seducción, según la cual la totalidad de los síntomas histéricos que se presentaban en sus pacientes, era producida por la abundancia de casos sumergidos de pedofilia que eran llevados a cabo en Viena por aquellos tiempos. Por lo tanto, estos sucesos pedófilos y de índole sexual, se constituirían como acontecimientos traumáticos en el sujeto, y serían la causa, aunque se mantengan inconscientes, de que se produzcan los trastornos, estableciéndose una relación de causa-efecto entre ambos, tratable científicamente. Sin embargo, este esquema trauma-trastorno, no le encajará en todos los casos, y se añadirán dudas de la posibilidad de que sean las propias pacientes las que mientan con miras a complacer al analista. De este modo, se concluirá en que lo importante no será si fáctica e históricamente sucedió la seducción o no, sino como fue interpretado dicho hecho, cómo es vivido, oponiéndose así la realidad psíquica a la realidad histórica, y dotando de mayor importancia para el análisis la primera desdeñando la segunda. Son estos fantasmas (= imágenes, representaciones,...) los que realmente dominan y determinan la producción de determinados síntomas u otros.

Este balanceo, según el cual lo importante pasa a ser la representación subjetiva en vez del hecho histórico-objetivo, será entendido por la comunidad científica como un enorme fracaso. Es el fin de las pretensiones científicas del psicoanálisis por ser ahora imposible la verificación objetiva de dichas representaciones subjetivas e imposibilitando relaciones objetivas de causalidad como antes se producían con la relación trauma-trastorno, generalizable a todos los sujetos. Sin embargo, la comunidad psicoanalítica es lo que reivindica por encima de todo como propio y específico de su experiencia y técnica. Es el descubrimiento de que son las representaciones fantasmagóricas, es decir, el cómo se viven determinadas experiencias en oposición a las experiencias mismas independientemente del modo en que se viven, lo que rinde cuentas de una determinada conducta u otra, lo que se presenta a la comunidad psicoanalítica como auténtico y genuino logro.

Esto supone la ruptura radical con las elaboraciones teóricas que pretendían hacer del terreno de lo inconsciente un terreno de dimensión cognitiva, pasando a ser postulado con una naturaleza estrictamente afectiva y pulsional, teniendo, el inconsciente del psicoanálisis sus especificidades

propias, es decir, su originalidad. Freud, muy celoso de la originalidad de su producción, salva distancias y pone de relieve lo propio de la noción de inconsciente en el psicoanálisis, la cual no coincide con ninguna de las nociones que se han producido anteriormente.

Durante su obra realiza varios acercamientos a lo inconsciente tal y como se experimenta en la técnica analítica para intentar conceptualizarlo de la manera correcta:

1) El primero de ellos, es en la Interpretación de los sueños (1900), capítulo VII. Es en este momento en el que Freud presenta su primera tópica, es decir, su primera estructura de los lugares que ocupan las instancias psíquicas y la articulación que ello conlleva. Estas instancias son el sistema preconsciente, consciente e inconsciente. Esto es un modelo teórico, y como tal tiene que ser tomado, por lo que no tiene nada que ver con el cerebro en un sentido neurofisiológico. Este modelo no es algo estático como tal, sino que queda entendido de una manera especialmente dinámica, lo cual presenta analogías con Arthur Schopenhauer, empleando, para pronunciar este carácter, términos importados de la tecnología (p.e: energía, fuerza,...), representando con ello la mente humana como un lugar en el que tienen lugar fuerzas en conflicto.

El inconsciente como tal no se presenta directamente en la experiencia, sino que llegamos a él por un proceso de inferencia. Se nos presentan un amontonamiento de síntomas y conductas inconexas, siendo así que en el momento en el que se postula, quedan reunidas bajo una única unidad de comprensión, haciéndose inteligibles cada una de las partes. Por ejemplo, en un sueño tenemos un montón de material inconexo, pero en el momento en el que se postula que sea cual sea la especificidad de un sueño, responde siempre a la realización de un deseo, se hacen inmediata o mediatamente comprensibles cada uno de los elementos del sueño a lo largo del análisis en el que se presupone dicha afirmación. Por lo tanto, el error de la psicología y la filosofía de la conciencia está en la identificación que establece entre conciencia y psiquismo, lo cual impide muchas explicaciones que no se reducen solamente a trastornos, sino a sueños y una gran multiplicidad de cuestiones que pone de relieve Freud en su Psicología de la vida cotidiana



(1901), como los actos fallidos, olvidos de nombres,... Lo consciente, por su parte, es una parte derivada o secundaria del psiquismo, ocupando el lugar primordial lo inconsciente con su carácter pulsional y desiderativo. Ahora bien, si no se presenta, queda plantear la cuestión de cómo es posible que se pueda conocer lo inconsciente. La respuesta es que como tal es incognoscible, y su conocimiento jamás será directo, por lo que sólo se puede acceder a él de una manera indirecta, mediante un proceso de traducción.

El inconsciente se origina en un proceso psíquico de carácter dinámico en la que se produce, en el sujeto, la represión, debido a un determinado conflicto. Esta represión no tiene que entenderse en sí misma como algo negativo y patológico, sino que es un mecanismo de defensa, por lo que no es mala de por sí, si no solamente en el momento en el que falla impidiendo al sujeto ajustarse a las formas sociales de vida en las que se ve envuelto. De hecho, todo proceso cultural lo implica en su seno, es su base, siendo así que se tiene que entender como la condición de posibilidad fáctica de que exista la civilización. Sin embargo, en ocasiones, la operación represiva conduce al sujeto a formas sustitutivas de realización de lo reprimido que no son compatibles con la vida social, cristalizándose esa insatisfacción de lo reprimido en una pluralidad de síntomas que impiden al sujeto adaptarse socialmente. Consecuentemente, no puede atenderse al síntoma por sí mismo, porque su corrección bajo esa óptica no eliminaría los conflictos que están a la base del mismo, produciéndose otros síntomas posteriormente por no haber solucionado la raíz del problema que plantea.

En la terapia psicoanalítica también aparece la noción de resistencia. Durante la terapia, podemos atender a que el discurso del paciente, regido por la regla de la asociación libre, no termina de expresarse correctamente llegados a determinados puntos del discurso. Se revelan así ciertos núcleos patógenos que no pueden ser alcanzados por el discurso del sujeto, y aparecen bajo la forma de vacíos discursivos. Así pues, el análisis se encarga de ir, paulatinamente, derrotando las distintas resistencias que impiden al discurso del sujeto exteriorizar esos núcleos, entendiéndose que en la consecución de que el sujeto los exprese y asuma como propios de su discurso, se curará (= "la verdad os hará libres"). No se evita el conflicto

originario, pero se asume, abriéndose un nuevo relato sobre sí mismo, que es más posible que funcione a la hora de la adaptación social del paciente (de hecho, los lacanianos llegarán a decir que este nuevo relato no tendrá por qué ser más verdadero, sino que basta con que sea más satisfactorio). En definitiva, lo que se está jugando aquí es la necesidad de expandir el terreno que abarca la conciencia, con la finalidad de manejar conscientemente mejor esos deseos que antes se mantenían ocultos.

En la noción de preconsciente, se incorporan actividades que aunque no estén presentes en un momento dado en la conciencia, se pueden acceder a ellos conscientemente con algo de esfuerzo. Por lo que lo no-consciente cognitivo con lo que veníamos trabajando, y con el que ha discutido William James, no es el inconsciente dinámico freudiano.

2) El segundo de ellos es en Observaciones sobre la noción de inconsciente en el psicoanálisis (1912). Aquí se remarca la especificidad de la noción de inconsciente propia del psicoanálisis respecto de otras disciplinas que emplean el mismo significante. No es algo meramente descriptivo, como “lo que no se da en la conciencia”, lo cual es demasiado claro y banal. Por el contrario, se pone de relieve el carácter dinámico que tiene en cuanto se entiende, como lo hace el psicoanálisis como el terreno a vislumbrar que permanece oculto durante el trato clínico con los pacientes, sean neuróticos,..., sea en la asociación libre o en la hipnosis, que aunque no sea el método propiamente psicoanalítico durante la experiencia hipnótica se pone de relieve que aunque el sujeto no lo sepa, obedece a un mandato inconsciente que no es fisiológico.

En esta obra aparecerá por primera vez el inconsciente como sistema, que es la forma más importante bajo la cual se entiende lo inconsciente. Los deseos, pulsiones,... forman una unidad distinta de la unidad consciente, con sus propias leyes particulares que se diferencian de las propias de la conciencia. No será hasta 1915 cuando trate las reglas de este nuevo sistema, sino que sólo las menciona sin profundizar en cuáles son.

3) La tercera vez que realiza el abordaje será en sus llamados Escritos de Metapsicología, en los que encuentra Lo inconsciente (1915). Se trata del texto más denso, perteneciente a ensayos dedicados a una reflexión

teórica sobre las nociones que el psicoanálisis venía produciendo hasta el momento. Ahora lo reprimido es sólo una parte del inconsciente, y se abre la posibilidad de realizarse cierto esfuerzo largo, que no será sólo en una dimensión teórica sino que será fundamentalmente de superar conflictos emocionales, para trasponerlo y hacerlo algo inteligible para la conciencia.

En esta obra manifestará que:

- La noción de inconsciente y su postulación es necesaria:

Por un lado, se nos dirá, únicamente en el caso de que admitamos esta hipótesis lograremos una explicación en términos estrictamente psicológicos de muchos fenómenos, consiguiendo con ella una gran ampliación del campo teórico e investigable. Por otro lado, además, si la asumimos con todas sus consecuencias, podremos diseñar exitosas técnicas terapéuticas que podrán ser aplicadas a los enfermos con una enorme ganancia práctica en ello.

- La noción de inconsciente y su postulación es legítima:

Para justificarla, Freud se mantiene muy empirista y optimista con respecto a su observancia de los hechos clínicos. Ahora bien, se distanciará de las interpretaciones que las teorías de la conciencia dividida o doble conciencia, como William James o Pierre Janet, rechazándose así la denominación de sub-conciencia, por implicar la posibilidad de que lo que subyace a una conciencia y rige su conducta en los casos en los que se manifiesta una acción inteligente no consciente, es precisamente otra conciencia. Por ello, se afirmará rotundamente la necesidad, dentro del psicoanálisis de emplear la denominación de in-consciente, para marcar vehementemente que la dinámica propia de ese nuevo terreno descubierto es distinta que el del terreno de la conciencia. Y, consecuentemente, para hablar de ella tendrá que ser traducida al lenguaje de la conciencia, como si se tratase de la "cosa en sí" de Kant.

Lo inconsciente tiene ciertas propiedades que la distinguen y caracterizan frente a los fenómenos conscientes:

- Está compuesto por pulsiones (= Trieb), las cuales distinguirá de la noción de instintos, que tienen modos de realización estereotipados. Por ejemplo, el hambre, como instinto, sólo puede ser satisfecho mediante el comer, mientras que, por el contrario, la pulsión sexual puede satisfacerse de innumerables maneras, como lo testimonian los distintos fetiches que pueden existir.

- Hay ausencia del principio de no contradicción, pudiendo tener lugar simultáneamente pulsiones contradicciones, deseando y no deseando a la vez una misma cosa. Por lo tanto, aquí no domina la lógica consciente, sino que por el contrario queda relegada a dominar en el proceso secundario, el cual será contrapuesto por Freud frente al proceso primario, en el cual suceden cosas impensables desde las leyes de aquél. Por ejemplo, la condensación es cuando un mismo objeto es a un mismo tiempo varios, como cuando en un sueño una misma figura que no podemos decir exactamente de qué se trata pero si podemos enumerar cosas de las que se tratan, siendo así posible que un mismo personaje onírico pueda ser a la vez la madre y la mejor amiga de un determinado paciente. También tiene lugar el desplazamiento, que se trata de desplazar la importancia de algo para ocultar lo más importante dotando a algo insignificante de gran importancia para eclipsar lo importante.

- En él no hay tiempo.

- Se sustituye en él la realidad exterior por la realidad psíquica (p.e: fantasma, deseos,...) siendo así que no rige en esta dinámica el principio de realidad.

- Está sometido al principio de placer, es decir, a la búsqueda de la satisfacción instantánea de las pulsiones que se mantienen en este nivel.

4) El último acercamiento de Freud al inconsciente que aquí trataremos será en su célebre obra El Yo y el Ello (1923). A partir de los años 20 y como consecuencia de la primera guerra mundial, tras la experiencia de tanta tragedia, pondrá un especial énfasis en el instinto de muerte, presentado en su obra Más allá del principio del placer (1922). Y para expresar mejor este

nuevo dinamismo que empieza a concebir, elaborará una segunda tópica, formada por el triángulo Ello, Yo y Superyó.

En este nuevo modelo teórico, ninguna de las instancias se identifica plenamente con lo inconsciente ni con lo consciente, sino que se hayan mezclados, sobretudo lo inconsciente que tendrá su localización repartida entre las tres instancias. De este modo, el Yo, que parecería que pudiera ser la instancia vinculada a la conciencia, se le otorga la función de establecer ciertos mecanismos de defensa que proceden de un modo inconsciente, siendo así imposible identificarlo con la conciencia. Aun así, el Ello será la instancia más directamente relacionada con lo pulsional.

Respecto del problema mente-cuerpo, Freud, a pesar de las críticas lanzadas desde ámbitos cientificistas como los representados por Mario Bunge, no puede entenderse ni como un dualista ni como un espiritualista. Aunque nadie como el psicoanálisis ha declarado la necesidad de la causalidad en términos psicológicos y no físicos, Freud se presenta como un materialista convencido. Bunge afirma que las nociones explicativas de Freud son de naturaleza no biológica, y con ello separa la psicología de la neurología cayendo en un mentalismo. No obstante, esta posición es bastante injusta con la obra de Freud, dado que lo que se puede deducir de la obra freudiana es un marcado materialismo ontológico, en el que todo es considerado como corporal y físico. Lo que sí es cierto, es que se opone a cualquier intento reduccionista, considerando que los fenómenos biológicos son insuficientes a la hora de rendir cuentas de la conducta humana. De ahí que se precisen principios distintos que nos puedan proporcionar explicaciones en un lenguaje que no sea el de la neurología.

De todas formas, aunque mantenga la autonomía del psicoanálisis, y se mantenga constantemente afianzado en ella, no niega la posibilidad de que en un futuro, gracias al avance de las ciencias neurológicas y bioquímicas, se pueda dar nuevas respuestas distintas e igualmente válidas que sustituyan las suyas.